

## JUGADA MAESTRA, DE OMAR LARA

Concepción: Ediciones Etcétera, Cuadernos del Unicornio N° 3, 1998

MARTA CONTRERAS B.  
Universidad de Concepción

Esta recolección de 30 poemas de amor de diferentes períodos (1972-1996) de la escritura de Omar Lara tiene una textura sintética y precisa. Los textos pertenecen a distintas épocas pero se reconoce en ellos la misma mano, el estilo de la escritura del poeta. Los poemas tienen una cohesión constructiva que permite percibirlos y tratarlos como una unidad. La unidad poética de *Jugada maestra* se puede recorrer en algunos niveles de la escritura que trataré de mostrar ahora.

1. La posición y actitud del sujeto de la enunciación o sujeto poético se despliega a lo largo del texto armando una zona de juego que puede reconocerse como tal. Cuando digo zona de juego incluyo las reglas del juego, las figuras que juegan y lo que pudiera estar en juego.

El juego es pura relación, movimiento hacia un otro que en este caso se define como femenino. Ella. Este personaje o figura es un sujeto activo. Protagonista del hambre del amor. Su primera representación en las circunvoluciones del juego del sujeto poético es la de una presencia casi amenazante, sin voz articulada pero cuyo sentido como cuerpo silencioso es decodificado por el sujeto articulado que lo escribe o dibuja en el campo de un juego amoroso particular. En esa jugada el sujeto poético se autopropone pasivo y a la espera, casi víctima.

En el movimiento del juego circunvalante las aparentes contradicciones generan un proceso tensionado de atracción y rechazo, de encuentro y distancia; de voz y de silencio, de escritura y página en blanco, cuya resolución no ocurre en el texto sino Fuera del Juego.

El territorio propuesto por el poeta para la representación amorosa está marcado por una serie de imágenes que en su aparición sintética lanzan al lector fuera del juego a un lugar indeterminado y vacío que se genera en la tensión irresuelta del texto por una "historia amorosa" que es puro espejismo, en el sentido de una construcción imaginaria del deseo que está ahí pero que, sin embargo, nunca permite al sujeto beber de su agua y calmar la sed yacente que lo embriaga y que lo pone en peligro, en constante estado de alerta; que lo mantiene bajo amenaza.

2. La circulación en el entramado amoroso (como las volutas que iluminan la portada sugerente del libro) repite una especie de movimiento pero a la vez lo traspone a un diferente nivel ya que las figuras cambian de valor, cambian de signo o de función. Así en una primera

instancia si observamos el campo de juego atravesado de contradicciones no resueltas, el juego del dominio es fundamental. El primer poema inicia el reconocimiento contradictorio de un escepticismo cazado en su propio poder.

nunca creí en tu veneno

El escepticismo que marca una distancia y que podría haber afianzado una cierta posición de poder es inútil ante la naturaleza del objeto amoroso, que si bien está disminuido por el adjetivo pequeña y por el posesivo que lo sitúa en un lugar subsidiario, resulta ser en realidad,

mi pequeña *serpiente*

El objeto del deseo, en realidad, es activa depredadora y ejerce su dominio desde su naturaleza ciega y determinada. Opera aquí el carácter no articulado de una pulsión que no puede detenerse o con la cual el sujeto reflexivo no puede combatir, muy por el contrario, frente a la cual se ofrece como objeto de carnicería.

bella y hambrienta a los pies de la cama

Amenazante, la serpiente venenosa puede ser privada de su poder a ratos, pero siempre está renovándose para engullir a su "víctima". El sujeto poético siente la posesión, el abrazo, como "golpe", como "escozor".

3. Seguimos tratando de entrar en un texto que esconde más de lo que muestra. Que dice más de lo que dice. En otra circunvolución de la escritura el sujeto agrega a su condición de sujeto-objeto de deseo, la ceguera.

cuando desconozco a mis hijos  
y debo recorrerlos uno a uno  
ciego  
tú me lanzas tu mano como un relámpago  
o un salvavidas  
y a ella me aferro...

O bien

Bogo en la oscuridad  
del lecho mediatarde

Me pregunto quién es este ciego. ¿Lo leo en la serie de Tiresias o de Edipo? El primero es el clarividente, físicamente ciego, que augura la desgracia de Edipo. El segundo es el que cuando por fin ve lo que tiene que ver de sí mismo se castiga con la ceguera para no ver el horror y para sufrirlo desde dentro como forma extrema de purgación.

Tal vez no sea necesario optar. La clarividencia pertenece al sujeto poético que lúcido cifra su propio destino amoroso en el juego maestro de la escritura. La ceguera pertenece

al que agonista del juego presa-depredador está atado a su depredadora en un circunvolar que lo encuentra miserablemente recogido y ciego de la mano de una que en esta otra vuelta es su lazarilla. El sujeto, cuando ciego, necesita en esta vuelta su lazarilla. La depredadora es "lazarilla forzada". Damos vuelta a las circunvalaciones en el intento de palpar el misterio de esta poesía reunida que insiste, sin embargo, con sus vueltas de verso en rehuir y eludir más que en declarar y cerrar.

4. El intento intelectual de recorrer comprensivamente o de escrutar la escritura parece dejar fuera la emoción de la lectura. Debo decir por ello que la lectura de este poemario de Omar Lara me conmovió muy profundamente. Pienso que la maestría de su escritura tiene que ver en ello. El poeta logra sintetizar en frases apretadas una densidad de sentidos bien compleja y muy contemporánea. El lenguaje amoroso de la tradición lírica en español tiene un representante vigente en esta escritura no romántica, que intenta develar, en diversas vueltas, múltiples capas en las que se disemina el sentido del discurso amoroso. Lo reparten y lo fragmentan o mejor, lo dinamizan para una recepción quebrada o carente. Tal vez, dolorosamente nostálgica de una pasión extemporánea que, pese a todo, se entrama en la urdimbre de la escritura amorosa del poeta.